

El estrambótico
caso del
ladrón de escuelas

Dani Torrent

Calligraf

El estrambótico caso del ladrón de escuelas

Dani Torrent

Edicions Cal·lígraf

Figueres, 2021

Primera edición — octubre 2021

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL

Monturiol, 2, 1er 1a

17600 Figueres

Tel. (0034) 615 261 764

www.edicionscalligraf.com

info@edicionscalligraf.com

Maquetación

Jaime Vicente

ISBN

978-84-123583-4-6

Depósito legal

GI 1079-2021

© del texto

Dani Torrent

© de las ilustraciones

Dani Torrent

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

*Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización por escrito
de los titulares del copyright,
la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluyendo
la reprografía y el tratamiento
informático. Las infracciones
de estos derechos están
sometidas a las sanciones
establecidas en las leyes.*

Un jueves

Ramón, agente Ramón. Ese soy yo. Aunque mi papá me llama Campeón, mi mamá Corazón, el monstruo de mi hermana Cagón, y en la escuela me llaman por un montón de motes feos que riman con mi nombre. El caso que hoy voy a relataros es uno de los más enrevesados a los que nos hemos enfrentado mis amigos, Yoli, Piluca y Rashid, y yo a la hora del patio. Sí, nosotros formamos la banda de la Poca Lipsis, y mientras nos comemos el bocadillo resolvemos misterios. Aunque éstos a veces nos lleven muy lejos del colegio.

El jueves en que empieza nuestra aventura era muy parecido a cualquier otro. Cada día cuando entramos en clase solemos gritar, correr, ju-

gar o pelearnos. Algunos destrozan a coro el hit del momento, otros aprovechan para dormir sobre el pupitre, hasta que al cabo de un rato se oye la voz del profe desgañitándose por encima de todo el estruendo, suplicando silencio.



Sólo hay una persona capaz de soportar todo eso con auténtica alegría. Y ese no es otro que Cándido Alegre. Con su entusiasmo a prueba de bomba él sigue explicando «trigonometría, ese mundo fascinante», aunque su clase se haya convertido en un circo de tres pistas con la intervención estelar de la detective Yoli, la payasa oficial del curso. Y si encima la lección va de

hipotenusas y catetos, ni te cuento. ¡Es que parece que vaya provocando!

Pero ese jueves tenía algo diferente. Aún no nos habíamos dado cuenta de que Cándido, tan entusiasta normalmente, estaba callado y miraba muy serio por la ventana. Alguien se percató, y dio un codazo al que tenía al lado, y éste le hizo shhh al que tenía detrás, lo que provocó otro shhh, y éste a su vez otros muchos, y todos hacíamos shhhhh como si fuéramos una gran botella de sifón. Luego se hizo el silencio.

—Algo grave ha sucedido hoy —dijo finalmente—. Esta noche han entrado en la escuela.

—¡Empollona! —gritó Atilano—. Seguro que fue Olivia.

—A estudiar no, burro. ¡Ladrones! —protestó Olivia—. Han entrado ladrones. ¿A que sí, señor Cándido?

—Sí, Olivia —prosiguió Cándido—. Han entrado ladrones y se han llevado varias cosas. Algunas sin importancia, como pinceles y pintu-

ra del aula de plástica, o un álbum de fotos que tenía yo en mi despacho. ¿Será que tengo un admirador secreto? —por un momento Cándido suspiró con ojitos soñadores, pero en seguida recuperó la compostura—. Sin embargo, lo realmente grave es que mi ordenador portátil también ha desaparecido. Primero pensé que alguien quería copiar el examen que os tengo preparado para mañana —Cándido nos repasó con la mirada—. Pero visto lo que os importan a vosotros los exámenes, esta hipótesis queda totalmente descartada.

—¡Qué pena lo del álbum de fotos! —dijo Piluca con su voz de pija—. Espero que no te hayan robado también el monito sabio.

—¿El monito? —rió Cándido nerviosamente.

—Sí, hombre. Ese muñequito tan cuqui. El mono vestido de científico que te regalamos, que cuando lo aprietas grita: «¡bestiaaaaaaal!».

—Bueno, je, je... —un sudor frío le recorrió la frente. Todos nos acordamos del día en que se lo regalamos. El botón se quedó trabado y siguió



repitiendo «bestial-bestial-bestial» varias semanas hasta que se le acabaron las pilas. Suerte que al día siguiente Rashid llegó a clase con pilas nuevas.

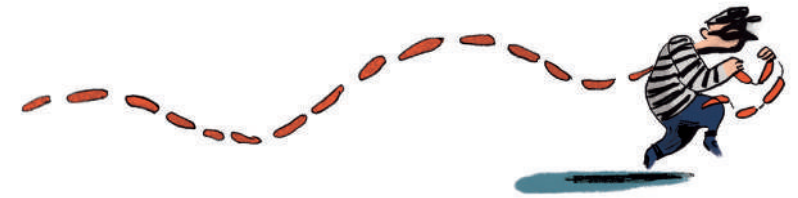


A Cándido se le puso la misma expresión que mi hermana cuando roba galletas y me echan la culpa a mí, y murmuró: —Ahora que lo dices... sí, sí, también. Al mono del demonio también se lo han llevado. ¡Qué lástima!

¡Pobre Cándido! La verdad es que no parecía muy triste, pero imagino que la procesión iba

por dentro. Suerte que los jueves hay salchichas para comer, y eso cura todas las penas. Pero entonces agregó:

—¡Y también se han llevado los veinte quilos de salchichas que había para hoy! Hoy comeremos acelgas.



Nuestro grito hizo temblar los cristales de clase. El caos y la desesperación se adueñaron de nosotros. Nos tirábamos del pelo o se lo tirábamos a quien tuviéramos a mano, o tumbados en el suelo hacíamos la croqueta. Entonces intenté poner calma:

—¡No desesperemos! Unos cacos se han llevado el mono y las salchichas (y el ordenador y esas otras cosas que dijo el profe), pero los de la Poca Lipsis no descansaremos hasta que las salchichas vuelvan a ocupar el lugar que les corresponde: nuestras barrigas.